

Subtilitas Applicandi.

El mito en la historiografía española del Franquismo.

Miquel Àngel Marín Gelabert

Grupo de Historia de la Historiografía, Universidad de Zaragoza
Departamento de Historia, Universitat de les Illes Balears

Resumen: Mito e historia nacional de España representaron un papel esencial en la refundación de la profesión de historiador en el franquismo. En el presente texto se pretende exponer una reflexión teórica desde la historia de la historiografía a propósito de las posibilidades y los beneficios de un enfoque del problema a partir del debate conceptual en torno a categorías como *conciencia histórica e identidad histórica colectiva* y su aplicación al proyecto de uniformización de la memoria histórica propiciado desde los organismos oficiales en las décadas intermedias del siglo XX en España.

Palabras clave: Historia de la historiografía, identidad histórica colectiva, conciencia histórica, memoria colectiva, España, siglo XX, franquismo, mito, historiador.

Abstract: Myth and national history played a substantial role in the process of new foundation of the profession of historian in Francoism. In this paper, we offer a theoretical development from history of historiography's field, on the extent and benefits of an approach to this item according to the current debate on concepts such as historical collective identity or historical consciousness. Afterwards, we'll focus on the dictatorship's project of standardization of a new and only historical collective identity in the central decades of XXth Century Spain, and its crisis.

Key words: History of historiography, historical collective identity, historical consciousness, collective memory, Spain, 20th century, Francoism, myth, historian.

El debate en torno a la naturaleza y la función del mito en la historiografía acompañada, desde hace siglos, la reflexión del historiador profesional. Pocos aspectos teóricos de su importancia han ido sobreviviendo a los avatares de la epistemología científico-social del siglo XX. Camuflada en la práctica totalidad de los debates metodológicos e interpretativos, y filtrándose progresivamente en cada uno de los nuevos temas o nuevos enfoques¹ que las diversas historiografías nacionales o sectoriales iban proponiendo, la idea de mito aparece en los años finales del siglo pasado como un aspecto esencial en la comprensión de los fenómenos que afectan a la formación de la profesión de historiador y a sus facetas primordiales², hasta el punto de inspirar uno de los *Major Themes en el XXth International Congress of Historical Sciences*, celebrado en Sydney en julio de 2005³.

En primer lugar, afecta a las facetas teórica y epistemológica, a través de los debates en torno a la idea de verdad⁴; a través de la modificación en la construcción de los objetos históricos reguladores de investigación; y a través de las mutaciones en formas de validación del conocimiento, desde la crítica positivista del documento a la irrupción de las serializaciones cuantitativas y la econometría⁵, pasando por la influencia coyuntural y creciente de las diversas ciencias sociales en la programación de las investigaciones históricas⁶. En segundo lugar, afecta a la faceta metodológica, a partir de la modificación de enfoques, el incremento de fuentes, el refinamiento de técnicas, la delimitación lingüística de los campos internos del saber histórico, la compartimentación terminológica, las aproximaciones estructurales y, finalmente, el predominio del deconstructivismo y la implosión postmoderna. Y por último, en ter-

¹ Marcel Detienne afirma que «...el análisis estructural de los mitos, al discernir ciertas formas invariantes a través de contenidos diferentes, opone una historia global que se inscribe en la larga duración, en «El Mito: Orfeo con miel», en J. Le Goff y P. Nora (dirs.), *Hacer la Historia. Vol. III. Nuevos temas*, Barcelona, Laia, 1976, p. 78. También FABRE, D.: «Mito», en J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel (dirs.), *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1988, pp. 487-195 (Obra original: *Le nouvelle Histoire*, Paris, Retz, 1978).

² Algunas aportaciones esenciales en WHITE, H.: *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 1978; y más recientemente «Catastrophe, Communal Memory, and Mythic Discourse: The Uses of Myth in the Reconstruction of Society», en B. Strth (ed.), *Myth and Memory in the Construction of Community. Historical Patterns in Europe and Beyond*, Brussels, P.I.E./Peter Lang, 2000, pp. 49-74; GINZBURG, C.: *Clueds, Myths and Historical Methods*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1989; BROWNLEE, J. S.: *Japanese Historians and the National Myths*, Tokyo, University of Tokyo Press, 1997; MCNEILL, W.: «Mythistory, or Truth, Myth, History and Historians», *American Historical Review*, 91/1 (1986), pp. 1-10; MALI, J.: *Mythistory. The Making of a Modern Historiography*, Chicago, Chicago University Press, 2003 o SALDERN, A. Von: *Mythen in Geschichte und Geschichtsschreibung aus polnischer und deutscher Sicht*, Münster, Lit, 2001.

³ Myths, Power and the Historian's Responsibility. Major Theme 2b. 20th International Congress of Historical Sciences celebrado en Sydney, 3-9 de julio de 2005. Bajo la supervisión de S. Berger, cabe destacar las aportaciones de C. Lorenz (Vrije Universiteit, Amsterdam) o Q. E. Wang (Rowan University, U.S.A.; Universidad estatal del Este, China).

⁴ HEEHS, P.: «Myth, History, and Theory», *History and Theory*, 33/1 (1994), pp. 2-20.

⁵ COLEMAN, D. C.: *Myth, History and the Industrial Revolution*, London, Hambledon, 1992.

⁶ BLANKE, H.-W.: «Zur Geschichte und Theorie des Theorie-Gebrauchs und der Theorie-Reflexion in der Geschichtswissenschaft», en A. Jobmann y B. Spindler (dirs.), *Theorien über Theorien über Theorien*, Bielefeld, Universität Bielefeld, 1999, pp. 7-23.

cer lugar, afecta a su acción comunicativa a través del uso consciente de los recursos retóricos del lenguaje, el uso de la metáfora, la construcción de secuencias narrativas y la adecuación de todo ello a los diversos medios y contextos, sociales y académicos, en que se mueve el historiador.

El mito como categoría intelectual es un elemento central en la contemplación de estudios acerca de fenómenos identitarios, de los orígenes nacionales o regionales, de los pactos sociales con la memoria o de la erección de totems del pasado. Del mismo modo, desde un punto de vista historiográfico, lo es de la evolución de los conceptos de verdad y objetividad, de la función social y de la dimensión ética de las tareas del historiador, de las posibilidades y recursos de la narración y la metáfora, de la tropología de la historia y, no hace falta decirlo, de todo el conjunto de readecuaciones de pesos y medidas metacientíficas derivadas del desarrollo de un gremio tan polémico y peleón como es el de los historiadores⁷.

En este artículo pretendemos realizar un somero recorrido interpretativo en torno a la idea de mito en su faceta más próxima a la teoría de la historia de la historiografía a través de un esquema tríptico que juega con los estadios del concepto de interpretación hermenéutica enunciados por Hans G. Gadamer. A saber, la *subtilitas intelligendi*, como momento inicial de la comprensión; la *subtilitas explicandi*, como momento de interpretación; y finalmente, la *subtilitas applicandi*, como momento final del ejercicio interpretativo en el que el método desemboca en la autocomprensión⁸.

En este sentido, la presente reflexión intentará, en su última parte, comprender e interpretar la naturaleza y la función del mito –y en particular en las imágenes profesionales del pasado que para sí produjo la sociedad– en la historia oficial franquista, y debe desembocar en una forma de autocomprensión de los avatares de la profesión de historiador durante el Franquismo. No hallará el lector un catálogo comentado de mitos e imaginarios colectivos. El objetivo de este texto es, en último término, exponer la necesidad de apoyarse en la historia de la historiografía y en el debate conceptual en torno a la identidad histórica colectiva para abordar investigaciones ulteriores⁹.

Mito e historiografía.

A partir, aproximadamente, de la segunda mitad de los años sesenta se produjo un fenómeno fundamental en la renovación de los estudios literarios que rápidamente

⁷ GROSSE-KRACHT, K.: *Die Zankende Zunft. Historische Kontroversen in Deutschland nach 1945*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 2005.

⁸ GADAMER, H.-G.: *Verdad y Método*, Salamanca, Sígueme, 1985. También TAYLOR, C.: «Gadamer on the Human Sciences», en R. J. Dostal (ed.), *The Cambridge Companion to Gadamer*, Cambridge University Press, 2002, pp. 126-142.

⁹ Dejamos para otra ocasión, en consecuencia, el desarrollo de un catálogo exhaustivo de mitos locales y disciplinares, así como el análisis metanarrativo de los recursos ideológicos en ellos desarrollados. Una guía aproximativa a los mitos en la historiografía española profesional a partir de PÉREZ GARZÓN, J. S.: «Los mitos fundacionales y el tiempo de la unidad imaginada del nacionalismo español», *Historia social*, 40 (2001), pp. 7-27; PASAMAR, G.: «La historiografía franquista y los tópicos del nacionalismo historiográfico español», *Sivdivm*, 5 (1993), pp. 5-31.

te se manifestó en las disciplinas colindantes, sobre todo en el ámbito de transferencia formado en torno al mundo cultural francófono. La irrupción del estructuralismo en Francia¹⁰, que llegó a reunir a intelectuales del peso disciplinario de Lévi-Strauss o Dumézil en la Antropología; Greimas, Todorov o Kristeva en la Lingüística y la Narratología; Foucault en Filosofía o Historia, y Barthes en todas ellas, recogió, por una parte, la tradición de modernidad engendrada en las filosofías del lenguaje y en los estudios lingüísticos aparecidos desde la segunda década del siglo XX, y añadió, por otra, el diálogo crítico con la *New Left* y con las tendencias derivadas de la Escuela de Frankfurt¹¹.

El resultado fue un conjunto de influencias paradigmáticas de amplio calado en las ciencias sociales, bien bajo la etiqueta de la Semiótica, bien bajo la etiqueta del Formalismo. Ambas influencias resultaron poderosamente seductoras a los ojos de los nuevos historiadores hiperespecializados que comenzaban a gozar del poder académico en esta década y que se beneficiaron en mayor medida de las remodelaciones de las instituciones universitarias y de alta investigación en los principales Estados occidentales en la coyuntura en torno a 1968 y después de la crisis de 1973. En términos generales, siguiendo la estela analítica de Teun Van Dijk¹², podemos aislar una serie de características de gran importancia para el desarrollo de su influencia en los estudios históricos, y con ello, en el papel del *mito* como categoría analítica propia de la historiografía.

Se observa inicialmente una ampliación de la perspectiva analítica en el sentido en que la nueva semiótica fue aplicada sobre objetos del presente y del pasado a partir de la observación empírica de formas cada vez más simples y habituales (populares) de expresión: la conversación y la música popular, y también el cine, el cómic, la fotografía, la prensa, la televisión y otras formas menores de expresión ideológica. En segundo lugar, se amplió el ámbito geográfico de su influencia, sobre todo en Estados Unidos (Longcrace en los estudios bíblicos o Noam Chomsky en la gramática), Inglaterra (Leech en la Estilística, la gramática de Halliday o el análisis del discurso de Yule o Burton) y Alemania (en su vertiente histórico-literaria, Gumbrecht o Jauss). La evolución posterior de estos intereses derivó hacia los contextos sociales en los que se desarrollan los procesos cognitivos, en particular desde la perspectiva estratégica y socio-cultural, situación a partir de la cual planteamos este artículo.

Es en esta dirección en la que la influencia estructuralista y formalista ha ido impregnándose de elementos de la Pragmática, la Hermenéutica, la Sociolingüística y otras prácticas interdisciplinarias del análisis textual en las que la Historia se ha invo-

¹⁰ Una primera aproximación en DOSSE, F.: *Historia del Estructuralismo*, Madrid, Akal, 2004 (Dos volúmenes. Obra original: París, La Découverte, 1991).

¹¹ VAN DIJK, T. A.: *La ciencia del texto: un enfoque interdisciplinario*, Barcelona, Paidós, 1997. También el conjunto de artículos compilados en BELTRÁN, L. y ESCRIGJ. A. (eds.): *Teorías de la historia literaria*, Madrid, Arco Libros, 2005.

¹² VAN DIJK, T. A.: *Estudios sobre el discurso. Introducción multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 2000; e *Ideología y discurso*, Barcelona, Ariel, 2003.

lucrado de lleno incorporándose al llamado nuevo historicismo –de los estudios literarios– y a la historia literaria culturalista. Por ejemplo, conceptos como «horizonte de expectativas», que fue acuñado por Schutz en los años sesenta, han sido recuperados para la investigación por la hermenéutica literaria, la teoría política o la sociología¹³. Y de la misma manera, han florecido los estudios que abordan el fenómeno de la recepción y la transferencia como ámbito esencial desde el que abordar análisis textuales¹⁴.

La reflexión historiográfica y la historia de la historiografía se han incorporado, a partir de este punto, a la marea intelectual que estamos delimitando desde los años setenta, con estudios influidos por cada una de sus ramas en su doble vertiente: la incorporación del análisis del lenguaje y del discurso en la matriz disciplinar de los diversos campos especializados del saber histórico (análisis del lenguaje político e ideológico, del discurso periodístico, sanitario, militar, deportivo, de la divulgación científica, o de la influencia del mito en la conciencia identitaria de una sociedad); y la incorporación explícita de la conciencia textual y discursiva en la epistemología histórica. El historiador ha perdido la ingenuidad y, sea cual sea su adscripción teórico-metodológica o su intención ideológica, sabe que consume discursos, manipula discursos y produce discursos.

Desde que Roland Barthes¹⁵ o Hayden White¹⁶ publicaran sus primeras aportaciones acerca de la retórica histórica, la cuestión de la historia como artefacto lingüístico ha protagonizado un debate encarnizado que ha involucrado a los seniores de la disciplina en todas sus especialidades. En otros lugares hemos tratado la confrontación paradigmática que para la historia de la historiografía significa el debate Iggers-White, y más ampliamente la polarización de los paradigmas White y Rüsen¹⁷. En este lugar,

¹³ Un ejemplo en el caso de la Historia es la reivindicación que de él realiza el recientemente desaparecido KOSELLECK, R.: «Espacio de experiencia y horizonte de expectativa, dos categorías históricas», en *Futuro pasado. Para una semiótica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 333-357 y «Cambio de experiencia y cambio de método: un apunte histórico-antropológico», en *Los estratos del tiempo: estudio sobre la historia*, Paidós, ICE-UAB, 2001, pp. 43-92.

¹⁴ Dos magníficos ejemplos en PAKOSKI, D.: *Foucaults Archäologie und der Diskurs der Literatur*. Diskursanalyse und Literaturtheorie, Universität Konstanz, 2003; y ROSE, U.: *Thomas S. Kuhn. Verständnis und Missverständnis. Zur Geschichte seiner Rezeption*, Göttingen, Georg-August-Universität Göttingen, 2004.

¹⁵ BARTHES, R.: «El discurso de la historia», en *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1992 y *Mitologías*, Madrid, Siglo XXI, 2005 (obra original de 1957). Acerca de la influencia de esta segunda obra véase STIVALE, C. J.: «*Mitologies revisited*. Roland Barthes and the Left», *Cultural Studies*, 16/2, (2002), pp. 456-484.

¹⁶ Además de los textos ya citados, véanse sus obras clave *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (originalmente J. Hopkins University Press, 1973); y *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica* (originalmente J. Hopkins University Press, 1987) ambas traducidas al castellano por Fondo de Cultura Económica, México, 1992. Una magnífica síntesis crítica de las teorías textuales de White, en WAGNER, I.: «Geschichte als Text. Zur Topologie Hayden Whites», en W. Küttler, J. Rüsen y E. Schulín (dirs.), *Geschichtsdiskurs, Bd. 1, Grundlagen und Methoden der Historiographieggeschichte*, Frankfurt am Main, Fischer, 1993, pp. 212-231.

¹⁷ MARÍN GELABERT, M. A.: «El aleteo del lepidóptero. La reincorporación de la historiografía española al entorno de la profesión en Europa en los años cincuenta», *Revista del Instituto Gerónimo de Uzáriz*, 19 (2003), pp. 119-160; y «El fracaso de la normalización interior de la historiografía española de los años cincuenta», en J. J. Carreras et alii (eds.), *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 247-272.

no obstante, nos interesa vivamente ampliar la observación de las relaciones entre análisis textual e historiografía a la luz de la idea de mito como herramienta eventual para abordar un enfoque comparativista de las relaciones entre historiografía y sociedad.

Mito es un concepto intuitivamente escurridizo y operativamente maleable. Desde su profesionalización hasta el punto de inflexión representado por las últimas décadas todas las generaciones de historiadores y todos los paradigmas historiográficos –y científico-sociales– han establecido y codificado su relación con el mito con la distancia como objetivo esencial¹⁸. Entre la afirmación positivista antimitológica y la asunción mitológica de la metahistoria, observamos toda la gama posible de adscripciones. Martin Delhi, desde una formulación historiográfica clásica, apunta que los mitos son narraciones a través de las cuales el ser humano se interpreta simbólicamente a sí mismo, a la comunidad y a los acontecimientos del mundo, aunque resulta imposible establecer una teoría general y globalizante. Más bien, afirma, si el objetivo es ubicar en el centro del análisis la propia noción, se debe prestar atención a cada uno de ellos en su especificidad¹⁹.

Por su parte, desde la teoría antropológica, Pierre Maranda amplía sobradamente esta noción al apuntar que se trata de una narración dramática, oral o escrita, que emerge a partir de los cimientos semióticos de una sociedad. Es, por tanto, la realización implícita de una matriz lista para la construcción de significados, y como tal, se oculta tras una gran variedad de géneros: es una manifestación de la ideología [...]; genera toda clase de discursos semióticos en el arte, la política, la literatura, los rituales, los juegos, la ciencia, etc. [...] En efecto, los mitos son el escaparate donde se muestran los sistemas semánticos estructurados específicos de una cultura, facilitando el entendimiento entre los miembros de un área cultural, permitiéndoles vivir juntos mediante la inercia y la innovación, y pensar y soñar en sí mismos. Los mitos, a través del arte, la ciencia, la tecnología y demás operadores semiogénicos constituyen un mecanismo que hace posible que los grupos humanos se puedan perpetuar a sí mismos...²⁰

Esta faceta formal y funcional del mito es subrayada por tres autores contemporáneos tan distintos como Peter Heehs, Joseph (Yosu, Yosif) Mali y William McNeill.

¹⁸ Dos catálogos útiles en STRENSKI, I.: *Four Theories of Myth in Twentieth Century History: Cassirer, Eliade, Lévi-Strauss and Malinowski*, Iowa, Iowa University Press, 1987, y LINCOLN, B.: *Theorizing the Myth. Narrative, Ideology, and Scholarship*, Chicago, Chicago University Press, 2000.

¹⁹ «Mythos sind Erzählungen, in denen der Mensch sich selbst, die Gemeinschaft und das Geschehen in der Welt symbolisch deutet. (...) Im jedem Fall muss dabei neu definiert werden, was konkret als Mythos verstanden wird, da es eine umfassende und verbindliche Definition der Begriffe Mythos und Mythologie nicht gibt. Allgemein lässt sich nur sagen, dass mit Mythos eine Sprachform bezeichnet wird, der nicht rational überzeugen, sondern symbolisch-emotional wirken will. Deshalb muss mehr noch als der Gehalt die historische Wirksamkeit alter und moderner Mythos im Zentrum geschichtswissenschaftlicher Interpretation stehen.», DEHLI, M.: «Mythos», en S. Jordan (dir.), *Lexikon Geschichtswissenschaft. Hundert Begriffe*, Stuttgart, Philipp Reclam, 2002, pp. 222-224.

²⁰ MARANDA, P.: «Los mitos: teología y física teórica», en T. Van Dijk (ed.), *Discurso y literatura. Nuevos planteamientos sobre el análisis de los géneros literarios*, Madrid, Visor, 1999, pp. 225-236.

Los tres apuntalan sobre dicha categoría la formulación y reformulación social –del mito– en términos nacionales e identitarios, de grupo o clase, bien desde la perspectiva de larga duración del desarrollo de la modernidad (Mali)²¹, bien desde la formación de una cultura identitaria mundializante (McNeill)²², bien, finalmente, desde la recepción de la teoría hobsbawmiana de la *invención de la tradición* y su aplicación al contexto de la India contemporánea (Heehs)²³.

Es así que la Historia, entendida como una forma de cultura científica estandarizada en el seno de una sociedad, es utilizada y programada en sus recursos reproductivos como una herramienta de radicación y sustentación del orden social y político predominante, o de los órdenes en conflicto en una comunidad. La escritura de la historia, pues, generalmente considerada desde su profesionalización como un objeto propio del *logos*, (por oposición al *mythos*) puede ser contemplada, principalmente en su faceta educadora (como *Fachdisziplin*), como una forma actualizante del propio mito.

El siglo XIX, el siglo que profesionalizó al historiador y que le proveyó de las primeras armas metodológicas que le permitieron competir con otras disciplinas del espíritu occidental por el cetro de la alta cultura, exigió del historiador una narración secuencial en la que el ciudadano pudiera verse reflejado a través de un conjunto de valores patrióticos volcados sobre la interpretación del pasado. La estructura actancial estandarizada en torno al devenir de los conflictos bélicos y a la sucesión de dinastías –en definitiva, a la biografía política de una nación–; la modulación de los personajes, su caracterización psicológica como recurso coyuntural a las formas de causalidad narrativa; y el manejo de los tiempos históricos, son tres ejemplos de elementos que se pusieron al servicio de un fin jerárquicamente superior. La educación nacional del ciudadano tuvo su acceso desde la escuela primaria a la Universidad en Estados viejos y nuevos, liberales y reaccionarios²⁴, y en su seno, unidades subnacionales (subestatales) se incorporaron a esta tendencia en la utilización del pasado para la formación de identidades²⁵. Paradójicamente, mientras que la profesión se cohesionaba internamente a partir de un método que le aseguraba la supe-

²¹ MALI, J.: *Mythistory*; también MALI, J. y MOTZKIN, G. (eds.): *Narrative Patterns in Scientific Disciplines*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994 y MALI, J. (ed.): *Wars, Revolutions, and Generational Identity*. Tel Aviv, Am Oved, 2001.

²² MCNEILL, W. H.: «Mythistory, or Truth, Myth, History and Historians», reimpresión parcial de su libro *Mythistory and Other Essays*. Chicago, University of Chicago Press, 1986.

²³ HEEHS, P.: «Myth, History, and Theory».

²⁴ Aunque se viera siempre relacionada con la construcción ideológica del Estado liberal, la historia mantuvo su función en las coyunturas reaccionarias y en los momentos de reflujo político en los principales Estados occidentales.

²⁵ El caso español ha sido ampliamente estudiado por PEIRÓ MARTÍN, I. Algunas de sus principales publicaciones: *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995; «Valores patrióticos y conocimiento científico. La construcción de la historia de España», en C. Forcadell (ed.), *Historia y nacionalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998, pp. 29-52; o «La fortuna del Emperador: la imagen de Carlos V entre los historiadores españoles del siglo XIX», en C. Reyero y J. Martínez Millán (eds.): *El siglo de Carlos V y Felipe II: la construcción de los mitos en el siglo XIX*, (Vol. II, Madrid, SECC, 2000), pp. 153-194. De PÉREZ GARZÓN, J. S.: «La creación de la historia de España»,

ración del mito a través de la razón, la organización de la profesión en torno a la docencia y a la conservación de archivos y museos constituyó el pilar esencial desde el que sustentar un gremio de *guardianes de la historia* y forjadores de la conciencia histórica colectiva que permitió a la sociedad hacerse con narraciones que le aseguraban la capacidad de *soñar en sí mismas* incluso más allá de acontecimientos tan traumáticos como, para Francia, la pérdida de la guerra frente a Alemania²⁶ o, para España, la pérdida de las colonias²⁷.

Los modelos del siglo XIX, por lo que a este aspecto se refieren, se proyectan sobre el siglo XX de manera todavía más clara en ejemplos como la actuación de los historiadores británicos y alemanes en torno a la gran guerra²⁸; la reformulación del pasado alemán tras la segunda guerra mundial²⁹, o la imagen injerente del Piamonte en el proceso de unificación nacional en la historiografía italiana postbélica³⁰.

Sin embargo, y volviendo a las formulaciones de partida de Hayden White, lo que separa la narratividad historiográfica de la no ficción es un proceso intencional en el que «el valor atribuido a la narratividad en la representación de los acontecimientos reales surge del deseo de que los acontecimientos reales revelen coherencia, integridad, plenitud y cierre de una imagen de la vida que es y sólo puede ser imaginaria»³¹. Los mitos y las formulaciones ideológicas (*las interpretaciones*) basadas en ellos presuponen del mismo modo una adecuación de la representación de los acontecimientos a la realidad a la que hacen referencia.

En este sentido, podríamos desagregar un análisis de discurso historiográfico en términos formales y de contenido como una estructura ideológica, escaparate de sistemas específicos de significado que reflejan la estructura de una cultura histórica.

en J. S. Pérez Garzón et alii, *La gestión de la memoria*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 63-110. Y los trabajos de JOVER, J. M.: «Restauración y conciencia histórica», en DD. AA.: *Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, RAH, 1997, pp. 331-363; y ÁLVAREZ JUNCO, J.: «La construcción de España», en C. Reyero y J. Martínez Millán (eds.), *El siglo de Carlos V y Felipe II: la construcción de los mitos en el siglo XIX* (vol. I, 2000, pp. 31-48). Recientemente, los enfoques estatales han sido completados con brillantes resultados por estudios regionales de la conciencia regional/nacional a cargo de autores como M. Martí y F. Archilés desde la Universidad de Valencia o X.-M. Núñez Seixas, desde Santiago. Un estado de la cuestión en NÚÑEZ SEIXAS, X.-M.: «The Region as Essence of the Fatherland: Regionalist Variants of Spanish Nationalism (1840-1936)», *European History Quarterly*, 31/4 (2001), pp. 483-518.

²⁶ BRUTER, A.: «Laviset et la pédagogie de l'Histoire», *Histoire de l'Éducation*, 65 (1995) pp. 27-50.

²⁷ SEVILLANO CALERO, F.: «El "mito del 98" en la cultura española», *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, 3 (2004), pp. 195-208.

²⁸ STRANDMANN, H. P. von: «The Role of British and German Historians in Mobilizing Public Opinion in 1914», en B. Stuchtey y P. Wende (eds.): *British and German Historiography, 1750-1950. Traditions, Perceptions, Transfers*, Oxford University Press, 2000, pp. 335-372.

²⁹ CONRAD, S.: «Die Politik der nationalen 'Abschließung'. Die Überwindung des 'westlichen Geschichtsbildes' in Japan?», *Comparativ*, 11/ 4 (2001), pp. 40-52; «Entangled Memories. Versions of the Past in Germany and Japan 1945-2001», *Journal of Contemporary History*, 38 (2003) pp. 85-99; y principalmente, *Auf der Suche nach der Verlorener Nation: Geschichtsschreibung in Westdeutschland und Japan, 1945-1960*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1999.

³⁰ «History as it really wasn't: the Myths of Italian historiography», *Journal of Modern Italian Studies*, 6/3 (2001) pp. 402-419.

³¹ WHITE, H.: *El contenido de la forma*, p.38.

Cuando un Estado regula la reducción del planteamiento de su pasado a una serie de enunciados narrativos secuenciales cuya proyección teleológica se reivindica como autocomprensión en el tiempo está reproduciendo el pensamiento mítico con una finalidad político-educativa o de adoctrinamiento. Ello, en cualquier caso, depende de la naturaleza misma del Estado y del tipo de relación establecida con sus ciudadanos. Estas dos modalidades dependen, pues, en último término, de procesos intencionales y de los medios y contextos en los que operen. También, sobra decirlo, de los agentes de quienes se sirvan para tal fin. En consecuencia, desde una perspectiva teórica, podemos afirmar, como ya han hecho los antropólogos (Lévi-Strauss, Boas, Maranda), que ciencia y mitología proceden de forma similar en la reordenación de capitales propios de una sociedad o grupo con el objetivo de gestionar de forma distintiva la memoria colectiva de la comunidad puesto que, como señaló Lévi-Strauss, la naturaleza lógica del pensamiento mítico es tan rigurosa como la de la ciencia moderna y esta diferencia se cimenta no en la calidad del proceso intelectual sino en la naturaleza de las cosas sobre las que se aplica³².

Resulta evidente, a partir de aquí, que a la hora de abordar una investigación esquemática sobre la utilización mitológica del pasado en una sociedad, los elementos extratextuales resultan tanto o más importantes como los puramente textuales. Debemos superar la propuesta de White en el sentido en que liquida la relación entre mito e historia desde la simple presuposición de una adecuación entre las historias mitologizadas y el pasado representado en ellas. Desde nuestra perspectiva, la teoría no puede solapar la consciencia textual del profesional incluso cuando éste se somete a la finalidad de un proceso comunitario de adoctrinamiento ideológico. La teoría de las matrices disciplinares como elemento central en el estudio de la historia de la historiografía resulta de nuevo profundamente útil³³. De ahí que propongamos una doble aproximación al problema histórico. De una parte, el análisis de la lógica científica que se sitúa tras el desarrollo esquemático de los mitos de la historiografía franquista. De otra, la observación de los capitales gestionados por los historiadores, desde su estructura asociativa a su función social, con el objetivo final de ofrecer un modelo a partir del cual podamos extraer la función estructural que englobó historia e historiadores en el franquismo y, posteriormente, identificar mediante la comparación sus contrastes con otras experiencias, su disposición textual en relación con la significación de cada una de las formula-

³² LÉVI-STRAUSS, C.: *Lo crudo y lo cocido*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p.28 (originalmente, *Mythologiques. Le cru et le cuit*, Paris, Plon, 1964).

³³ Sobre la teoría de las matrices disciplinares en el análisis de la historia de la historiografía véase BLANKE, H.-W.: «Typen und Funktionen der Historiographgeschichte», en W. Küttler, J. Rüsen y E. Schulin (dirs.), *Geschichtsdiskurs*. Bd. 1. *Grundlagen und Methoden der Historiographgeschichte*, pp. 191-211; y RÜSEN, J.: «Disziplinäre Matrix», en S. Jordan (dir.), *Lexikon Geschichtswissenschaft*, pp. 61-64. Podemos hallar, en traducción castellana, un desarrollo parcial de esta teoría en RÜSEN, J.: «Cambio social y revolución historiográfica, un enfoque teórico», en I. Olábarri, V. Vázquez de Prada y F. J. Caspistegui (eds.), *Para comprender el cambio social: enfoques teóricos y perspectivas historiográficas*, Pamplona, EUNSA, 1997, pp. 115-132, en particular pp. 122 y ss.

ciones míticas, la observación de los procesos de mediación y, por último, la determinación global de la estructura.

El Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Sydney ofreció una perspectiva de la relación entre mito y poder caracterizada por una fuerte constricción del objeto al concepto de Estado –y esencialmente del Estado-nación–, por una parte, y de la comparatividad, por otra. Stefan Berger presentó un interesante esquema en cuatro puntos en torno a las vías de profesionalización en perspectiva nacional; la relación de las *national master narratives*³⁴ con ámbitos culturales más amplios y su plasmación en las historias nacionales; la relación entre lo local-regional y el paradigma nacional; y por último, la importancia del nuevo acercamiento a las tradiciones historiográficas del sureste asiático. Por fuerza, no podremos atender a todas las sugerencias del profesor de la Universidad de Glamorgan.

Mito e historia de la historiografía.

A partir de la celebración, en marzo de 1998, del *Second European Social Science History Conference de Amsterdam*, se ha producido un cambio cualitativo substancial en la investigación en historia de la historiografía desde una perspectiva global. Esta mutación cualitativa ha mostrado dos facetas paralelas y complementarias. De un lado, los investigadores de Occidente han comenzado a volcarse sobre la investigación de historiografías no occidentales, especialmente asiáticas (China, Japón, Corea)³⁵ y, en menor medida, africanas (desde enfoques que parten de áreas de influencia idiomática) y orientalistas (predominantemente, la islámica entendida como un todo)³⁶. De otro lado, este nuevo interés ha sido combinado por necesidad con la investigación original sobre el propio territorio historiográfico dando como resultado que el ejercicio de la historiografía comparada se ha impuesto, bien como una forma de ampliación del horizonte metodológico, bien como una ampliación del horizonte de expectativas profesionales de los jóvenes especialistas, fundamentalmente en aquellos países como Alemania con una honda tradición en la práctica histórico-historiográfica en los que, por agotamiento temático, la disciplina había comenzado a entrar en crisis³⁷. Así, la historia de la historiografía comparada se ha convertido en un territorio privilegiado de encuentro e intercambio al que se han sumado también los primeros espadas del mercado internacional de la reflexión historiográfica³⁸. Los principales autores de la generación que desarrolló la disciplina en

³⁴ La teorización acerca de las *master narratives* en MIDDELL, M.: *Zugänge zur historischen Meisterzählungen*, Leipzig, Universitätsverlag, 2000; y JARAUSCH, K. H.: «Meisterzählung – Zur Karriere eines Begriffs», en K. H. Jarausch y M. Sabrow (eds.), *Die historische Meisterzählung. Deutungslinien der deutschen Nationalgeschichte nach 1945*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 2002, pp. 9-32.

³⁵ Iggers y White, por ejemplo, han virado su interés hacia la historiografía china.

³⁶ ROBINSON, C. F.: *Islamic historiography*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

³⁷ Hemos tratado este proceso de crisis de la disciplina y el predominio de la reflexión historiográfica sobre la investigación en Historia de la Historiografía en «Por una historia de la historiografía [una nota sobre AURELL, J.: *La escritura de la memoria*, València, PUV, 2005]». *Revista de Historiografía*, 2 (2005), pp. 187-191.

³⁸ Pienso en P. Burke, C. Ginzburg, H. White, J. Kocka, F. Ankersmit, entre otros.

Europa en los años ochenta (G. G. Iggers, J. Rüsen, M. Bentley, E. Breisach, F. Hartog), se han incorporado al movimiento de forma diversa.

La contraposición de modelos comparativos en historia de la historiografía no es novedosa. No han faltado en las últimas tres décadas ni estudios comparativos³⁹ ni interés hacia *otras historiografías* –la china⁴⁰ (Étienne Balazs), la india⁴¹ (Gerald Barrier) o la africana (Terence Ranger) como ejemplos más claros– tanto en el mercado académico como en el de la síntesis especializada. Algunos ejemplos sobresalientes se remontan, como el *International Handbook of Historical Studies* editado por Georg G. Iggers y Harold T. Parker en 1979 o las iniciativas de la UNESCO, publicadas en diversos países en forma de compilaciones o actas de congresos en los años setenta y primeros ochenta⁴². Lo realmente novedoso en esta coyuntura es el predominio metodológico del comparativismo y su combinación con los estudios acerca de la conciencia histórica y la identidad, lo cual ha provocado una novedosa reconceptualización en el núcleo duro de la disciplina y una renovada atención a la función social y los valores éticos del historiador y de la historia⁴³, en combinación con otros dos ámbitos revitalizados de la reflexión historiográfica: la memoria y los usos públicos de la historia⁴⁴.

³⁹ Protagonizados inicialmente por historiadores alemanes trasladados en Estados Unidos o por especialistas en literaturas comparadas que abordaban la producción histórica como referentes lingüísticos, no debemos olvidar, sin embargo, que los estudios acerca de la profesionalización de la profesión de historiador acometidos hasta mediados de los noventa por autores como Keylor o Dumoulin en el caso francés; Goldstein para el ámbito británico; Moretti, en Italia, o Peiró y Pasarmar para la *vía española*, han sido siempre inspirados en la comparación como elemento que sustentaba el andamiaje argumental y la consolidación de las tesis discutidas.

⁴⁰ Dos ejemplos alejados en el tiempo en WRIGHT, A. F.: «Chinese historiography», en DD. AA., *Historical Writing on the Peoples of Asia, 1961-1962*; y WANG, Q. E.: «Historical Writings in Twentieth-Century China: Methodological Innovation and Ideological Influence», en R. Torstendahl, *An Assessment of Twentieth-Century Historiography. Professionalism, Methodologies, Writings*, Stockholm, Kungl. Vitterhets Historie och Antikvitets Akademien, 2000, pp. 43-69.

Más recientemente, ZUMDORFER, H.: «No Bounds to China: Étienne Balazs, Fernand Braudel and the Politics of the Study of Chinese History in postwar France», *Past and Present*, 185 (2004), pp. 189-211.

⁴¹ *Problems of historical writing in India*, New Delhi, Indian International Center, 1963.

⁴² Algunos ejemplos en la colección *Corrientes de la investigación en ciencias sociales*, varios volúmenes, Madrid, Tecnos-UNESCO, 1980 (originalmente, Paris, 1978); *La historiografía del África austral*, Barcelona, Serbal-unesco, 1983 (originalmente, Paris, 1980) o, finalmente, REMOND, R. (dir.): *Être Historien aujourd'hui*, Paris, Érès-unesco, 1988, donde se analizaba la profesión de historiador en diversos Estados de Asia, Oriente y África.

⁴³ LEERSEN, J. y RIGNEY, A. Rigney (eds.): *Historians and Social Values*, Amsterdam University Press, 2000; y el monográfico de la revista *History and Theory*, 43/4 (2004) «Historians and Ethics» en el que participó J. Rüsen con un texto acerca de cómo superar el etnocentrismo a través de la comparación.

⁴⁴ PEIRÓ, I.: «La consagración de la memoria. Una mirada panorámica a la historia contemporánea», *Ayer*, 53 (2004), pp. 179-205; CARRERAS, J. J. y FORCADELL, C.: «Historia y política. Los usos», id. (coords.): *Usos públicos de la Historia*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2002, pp. 11-45. También RÜSEN, J.: *Geschichtsbewusstsein. Psychologische Grundlagen, Entwicklungskonzepte, empirische Befunde*, Köln, Böhlau, 2001. Desde una perspectiva teórica, los ocho aportaciones de la obra colectiva editada por Rüsen muestran el debate interdisciplinar y entre grupos de investigación abierto en Alemania, y la búsqueda de categorías analíticas alternativas a la *consciencia histórica*.

Sin ánimo de resultar exhaustivos, y con el precedente de un texto programático a cargo de Jörn Rüsen⁴⁵ publicado en 1996 en la revista *History and Theory*, desde los últimos años de la década de los noventa ha aparecido un gran número de artículos en revistas disciplinares –entendidas aquí en el sentido de *Fachzeitschriften*– más allá de *History and Theory* o *Storia della Storiografia*⁴⁶, se han celebrado varios congresos⁴⁷, se han programado investigaciones de larga duración a través de nuevas instituciones⁴⁸, se han leído tesis doctorales⁴⁹ y se ha publicado un buen número de libros de autoría individual o colectiva con el protagonismo de la comparatividad historiográfica⁵⁰, además de la aparición de una revista especializada en la comparación de las historiografías occidental y asiática, *Historiography. East and West* que, fundada en Leiden, publicó su primer número en 2003.

El comparativismo posee una tradición vasta en las ciencias sociales que se remonta a las primeras décadas del pasado siglo. Vivió su momento más álgido en los

⁴⁵ RÜSEN, J.: «Some Theoretical Approaches to Intercultural Comparison of Historiography». *History and Theory*, 35/4 (1996), pp. 5-22.

⁴⁶ Me refiero fundamentalmente a revistas del peso de *Journal of Interdisciplinary History* (1970-), *Journal of Contemporary History* (1966-), *Past and Present* (1952-), *Continuity and Change* (1986-), *Journal of Modern History* (1929-), *Comparativ* (1991-), *Historische Zeitschrift* (1871-), *Annales. Histoire, Sciences Sociales* (1929-, 1994-) o *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* (1954-), aunque también han aparecido textos en otras menores, principalmente en los países receptores de la comparación.

⁴⁷ Entre muchos otros, cabe destacar por su sistematicidad y rigurosidad los dos congresos organizados por el grupo de historia de la historiografía de la Universidad de Leipzig dirigido por Mathias Middell acerca de las publicaciones periódicas especializadas y las instituciones disciplinares que han dado como resultado la publicación de dos volúmenes de sus actas con los títulos: *Historische Zeitschriften im internationalen Vergleich*, (MIDDELL, M. hrgs, Akademische Verlagsanstalt, Leipzig, 1999) e *Historische Institute im internationalen Vergleich* (F. HADLER G. LINGELBACH y M. MIDDELL, hrgs, Akademische Verlagsanstalt, Leipzig, 2001).

⁴⁸ Un ejemplo brillante sería el representado por el *Center for the Study of Historical Consciousness* de la canadiense University of British Columbia que bajo la dirección de Peter Seixas posee un proyecto denominado *Using the Past and thinking historically* en el que participan historiadores de varios países entre los cuales destacan David Lowenthal (Reino Unido), Jörn Rüsen (Alemania), Chris Lorenz (Holanda) o Ronald Rudin (Canadá). Por España participan Mario Carretero y María Fernández González.

⁴⁹ Por ejemplo, la de LINGELBACH, G.: *Klio macht Karriere. Die Institutionalisierung der Geschichtswissenschaft in Frankreich und den USA in der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts* (Universidad de Leipzig, publicada con el mismo título en 2003, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht), comparando los modelos de profesionalización del historiador en Francia y Estados Unidos.

⁵⁰ Entre los primeros, además de los ya mencionados de CONRAD, S. y LINGELBACH, G. y otros como OSTERHAMMEL, J.: *Geschichtswissenschaft jenseits des Nationalstaats. Studien zu Beziehungsgeschichte und Zivilisationsvergleich*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 2001; Osterhammel leyó su tesis doctoral en 1980 acerca de la historia contemporánea de China. Entre los segundos, cabe destacar, a modo de ejemplo, por una parte, BERGER, S., DONOVAN, M. y PASMORE, K. (eds.): *Writing National Histories in Europe since 1800*, London, Routledge, 1999; y BERGER, S., LAMBERT, P. y SCHUMANN, P.: *Historikerdialoge. Geschichte, Mythos und Gedächtnis im deutsch-britischen kulturellen Austausch 1750-2000*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 2003; CONRAD, C. y CONRAD S. (eds.): *Die Nation Schreiben. Geschichtswissenschaft im internationalen Vergleich*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 2002; y STUCHTEY, B. y WENDE, P. (eds.): *British and German Historiography, 1750-1950, Traditions, Perceptions, and Transfers*, Oxford - New York: Oxford University Press, 2000, que comparan las historiografías británica y alemana en la perspectiva de larga duración; y por otra, WANG, Q. E., IGGERS, G. G. (eds.): *Turning points in historiography: a cross-cultural perspective*, Rochester, University of Rochester Press, 2002; y Rüsen, J. (ed.): *Western Historical Thinking. An Intercultural Debate*, Berghahn Books, New York, 2002, que representan el máximo exponente de la reflexión multicultural más actual.

años setenta y ochenta, principalmente a partir del auge de la sociología histórica, con aportaciones tan influyentes como la de Theda Skocpol, el comparativismo, extendiéndose a todas las disciplinas en diálogo social, como lo demuestra la obra colectiva *Vision and Method in Historical Sociology* (Cambridge University Press, 1984). La relevancia de publicaciones especializadas en el marco de la comparación en ciencias sociales, como las revistas *Comparative Studies in Society and History* (1956-) o *Historical Methods* (1978-). El éxito de los estudios interdisciplinarios en el mundo anglosajón propició pronto el refinamiento de los métodos y la ampliación de los debates hasta el punto que la distancia respecto de las prácticas disciplinares tradicionales hace que, con dignas excepciones, el diálogo se haya constreñido, concerniendo únicamente a elementos periféricos hiperespecializados de la sociología, la demografía, la historia o la politología, principalmente en los ámbitos disciplinares y académicos de mayor influencia anglosajona. De hecho, la reivindicación de la denominación *análisis histórico comparado* ha llegado a excluir no sólo la historia tradicional sino también incluso a la sociología histórica⁵¹. En este sentido el estadio teórico en el que se encuentra la historia de la historiografía comparada es muy arcaico.

Los contenidos de la comparación derivan actualmente hacia una nueva conceptualización en torno a categorías estandarizadoras del análisis social de las comunidades historiográficas, casando a la perfección con los esquemas de modernización y racionalización planteados por autores como Rüsen, Blanke y, en un modo diferente, Iggers, en el desarrollo del paradigma de investigación predominante hasta el momento⁵².

La idea de mito se halla en el centro de un aspecto substancial en la conceptualización del análisis comparativo de las relaciones entre las comunidades historiográficas profesionales y las sociedades que les dan cabida. Dos elementos circunscriben esta relación. En primer lugar, la ideas de consciencia e identidad histórica. En segundo lugar, la coexistencia solapada de formas profesionales y no profesionales de pro-

⁵¹ «We prefer to reserve the label 'comparative historical analysis' for a distinctive kind of research defined by relatively specific characteristics. While not unified by one theory or one method, all work in this tradition does share a concern with causal analysis, an emphasis on processes over time, and the use of systematic and contextualized comparison. In choosing this delimitation, we distinguish comparative historical analysis from broader enterprises such as historical sociology or historical institutionalism». MAHONEY, J. y RUESCHEMEYER, D.: «Comparative Historical Analysis. Achievements and Agendas», en J. Mahoney y D. Rueschemeyer (eds.), *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*. Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 16-17.

⁵² Rüsen y su grupo conciben el objeto de la historia de la historiografía como la historia científica –*wissenschaftlich*– de una disciplina científica –*Geschichtswissenschaft*. El 'paradigma Rüsen' intenta reconstruir la estructura profesional y académica de la historiografía para acceder finalmente a las *matrices disciplinares*, protagonistas y responsables de los fenómenos de cambio científico. Su objetivo esencial es el rastreo del proceso de racionalización de la actividad investigadora en forma de científización –*Verwissenschaftlichung*–. Esta concepción, basada en la asimilación crítica de la obra de Thomas S. Kuhn y en menor medida de Max Weber, se desarrolla a través de una investigación que relaciona tres objetos principales interrelacionados: científización, profesionalización y modernización, lo que implica aunar enfoques sociales, institucionales, políticos y discursivos y plantear investigaciones a largo plazo.

ducción, circulación y consumo de lo que Lorenz denomina de un modo general *representaciones históricas*⁵³.

La *consciencia histórica*, entendida como el modo en que una sociedad gestiona su pasado de manera colectiva, implica toda una serie de manifestaciones que superan sobradamente la práctica profesional de la historiografía. La conmemoración, la fiesta, el trazado urbano, el ritual o la tradición son conceptos transversales y multiformes ante los cuales el historiador de la historiografía debe oponer herramientas terminológicas unívocas. En esta dirección, la relación entre consciencia histórica y *memoria colectiva*, en su tradición derivada de las formulaciones de Maurice Halbwachs, permite reducir el ámbito de aplicación a representaciones históricas con referentes heurísticos bien conocidos por la etnología, la historia del arte, de la vida cotidiana o de la literatura, con una contrastada tradición comparativista, y también, de un modo diferente, por la historia de la historiografía.

La relación entre memoria colectiva y función social del historiador conecta con las reflexiones acerca del uso público de la historia y de la inserción del historiador en los espacios públicos de actuación siguiendo la senda del debate reabierto por Habermas en el contexto de la controversia *Goldhagen*. Aún así, hemos de tener en cuenta de un modo operativo que las formas no profesionales de representación histórica, entendiéndolo por ello, el acercamiento y la utilización del recurso al pasado en atmósferas tales como las diversas manifestaciones de la literatura y las artes escénicas y cinematográficas, la prensa –incluyendo reportajes periodísticos acerca del pasado reciente–, la publicística política, la formulación de proyectos ideológicos o la reivindicación lúdica del pasado, poseen una influencia creciente en la práctica profesional de la historia durante el siglo XX hasta el punto de generar la aparición de sectores de la investigación académica y su institucionalización a través de asociaciones, publicaciones periódicas y debates teóricos y epistemológicos. Un ejemplo evidente de esta situación es la compleja relación que la historiografía profesional española ha diseñado en torno al pasado más reciente, con formulaciones como la Historia Inmediata, la Historia Actual o la Historia del Presente, no siempre delimitadas desde un punto de vista teórico, cuya práctica manifiesta unos umbrales difusos a través de los cuales acceden a circuitos académicos investigaciones, autores, ideas y usos ajenos a los estándares científico-profesionales y a los criterios de excelencia establecidos en las últimas décadas.

Además, desde la perspectiva del consumo, sobre la memoria colectiva en términos comunitarios, ejercerá siempre una mayor influencia la interpretación histórica divulgada en un film o en una teleserie, cuyo acceso a la comunidad se medirá por encima de los seis dígitos, o una novela de éxito, que una obra profesional de divulgación científica, principalmente si los marcadores discursivos de la memoria colec-

⁵³ LORENZ, C.: «Comparative historiography. Problems and perspectives», *History and Theory*, 38/1 (1999), pp.25-40. También RÜSEN, J.: «Some theoretical Approaches to intercultural comparative Historiography».

tiva hacen referencia a acontecimientos traumáticos o a procesos originales reducidos a narraciones secuenciales interpretadas en términos valorativos y ajenas, en los estadios en que contacta con el público, a cualquier tipo de matización.

El historiador profesional –escasa o nulamente preparado para ello– se ve obligado a bajar a la arena de la memoria colectiva para enfrentarse a estos mitos modernos ante los que apenas puede posicionarse en forma afirmativa o negativa, cuando, en realidad, el mito no consiste en la afirmación o negación de un enunciado –lo que lo reduciría a una cuestión de adecuación, en los términos expuestos por Whitesino, como señaló Maranda, en la naturaleza de la relación que genera ante el objeto de interpretación proyectado sobre la sociedad.

Esta idea conecta, finalmente, con el concepto de *identidad histórica colectiva*⁵⁴, una categoría de encuentro entre las prácticas profesionales y no profesionales de la generación y consumo de representaciones históricas. El uso de estas herramientas conceptuales ha servido en los últimos años de armazón teórico a un buen número de investigaciones en torno a procesos parciales observados en comunidades historiográficas. Desde ámbitos tan alejados como el Quebec canadiense⁵⁵ o el Württemberg alemán⁵⁶, pasando por proyectos subnacionales de análisis del nacionalismo historiográfico⁵⁷. También se han publicado, utilizando el concepto identidad histórica colectiva, eficaces investigaciones a partir de la comparación entre historiografías nacionales tras episodios traumáticos, como son los trabajos de S. Conrad o L. Niethammer acerca de las historiografías alemana y japonesa⁵⁸.

El Franquismo y sus mitos.

Intentaremos abordar la producción, significación y evolución de mitos en la España del franquismo. El común denominador, además de las determinantes condiciones de –falta de– libertad y de las posibilidades objetivas de desarrollo de pro-

⁵⁴ LORENZ, C.: «Comparative historiography»; NIETHAMMER, L.: *Kollektive Identität. Heimliche Quellen einer unheimlichen Konjunktur*, Hamburg, Rowohlt, 2000; y ASSMANN, A. y FRIESE, H. (eds.): *Identitäten. Erinnerung, Geschichte, Identität*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1998.

⁵⁵ RUDIN, R.: «Revisionism and the Search for a normal Society: A Critique of recent Quebec Historical Writings», *Canadian Historical Review*, 73/1 (1992), pp. 30-61; y *Making History in Twentieth Century Quebec*, Toronto, Toronto University Press, 1997. El debate generado por esta obra, en HARVEY, F. y LINTEAU, P. A.: «Les étranges lunettes de Ronald Rudin», *Revue d'Histoire de l'Amérique Française*, 51/3 (1998), pp. 1-6 y en FECTEAU, J.-M.: «Between Scientific Inquiry and the Search for a Nation: Quebec Historiography as seen by Ronald Rudin», *Canadian Historical Review*, 80/4 (1999) pp. 641-666.

⁵⁶ CONFINO, A.: «Telling about Germany: Narratives of Memory and Culture», *Journal of Modern History*, 75 (2004), pp. 389-416; y *The Nation as Local Metaphor. Württemberg, Imperial Germany, and National Memory, 1871-1918*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1997.

⁵⁷ Dos ejemplos en APPELGATE, C.: «A Europe of Regions: Reflections of the Historiography of Sub-National Places in Modern Times», *American Historical Review*, 104/4 (1999), pp. 1157-1182; o PORCIANI, I.: «Le storiografie nazionali nello spazio europeo», *Passato e Presente*, XII, 63 (2004), pp. 113-123.

⁵⁸ Sin olvidar, como subraya WANG, Q. E.: «Between Marxism and Nationalism: Chinese historiography and the Soviet influence, 1949-1963», *Journal of Contemporary China*, IX, 23 (2000), pp. 95-111, las incursiones realizadas de obras como la de Jonathan Unger (ed.), *Using the Past to Serve the Present: Historiography and Politics in Contemporary China*, Armonk, New York, Sharpe, 1993.

yectos de racionalización y modernización científica en torno al estudio del pasado, se establece también alrededor de la idea de grupo (clase, comunidad, región, nación) y sus procesos de normalización e individualización a partir de la erección de referentes exógenos, con el poder como escenario general. Desde nuestra perspectiva, la función y el contorno del mito superan en importancia a su análisis particular. Y en este sentido, dedicaremos más espacio a la reflexión acerca de la naturaleza de la relación que generaba, que acerca de sus vicisitudes narrativas.

La España de las décadas centrales del siglo XX tuvo en el pasado no sólo su principal anclaje, su razón de ser y su *unidad de destino en lo universal*, sino también, y principalmente, su principal herramienta de adoctrinamiento, de manipulación de la consciencia histórica y de la identidad colectiva.

El modo en que ello se produjo a partir de 1939, a través de la reorganización institucional de la alta cultura y también de la cultura local, la función de la censura ideológica sobre todo tipo de producciones culturales, el control de los medios de distribución de la información y de los saberes, y la manipulación de la información y la opinión pública, pretendió establecer un modelo totalizante –totalitario, de naturaleza fascista– de identidad histórica colectiva que negó la posibilidad de diálogo con identidades históricas alternativas en el territorio del Estado que se habían desarrollado en las décadas anteriores⁵⁹. En este proyecto, la historiografía profesional, pero también la local, representó un papel esencial⁶⁰. Los cambios operados en las décadas posteriores, con la aparición de *espacios libres*⁶¹ que dieron lugar a subprocesos de desarrollo disciplinar que afectaron a la producción historiográfica dieron lugar, al mismo tiempo, y a través de formas diversas de activismo cultural conectado con la sociedad civil⁶², a mutaciones esenciales en la identidad histórica colectiva de grupos, comunidades y regiones.

⁵⁹ El ejemplo representado por la historiografía catalana, en PUJOL, E.: «El període constituent de la cultura catalana contemporània», en E. Pujol, *Història i reconstrucció nacional. La historiografia catalana a l'època de Ferran Soldevila (1894-1971)*, Catarroja, Afers, 2003, pp. 53-108; «Els historiadors republicans d'Esquerra. L'equip intel·lectual de la Generalitat republicana (1931-1936)». *El Contemporani*, 18 (1999), pp. 29-35; y «La historiografia del noucentisme i del període republicà», en A. Balcells (coord.), *Història de la historiografia catalana*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2004, pp. 187-204.

⁶⁰ Una ampliación de estas ideas en MARÍN GELABERT, M. A.: *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la Patria*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico-Universidad de Zaragoza, 2005.

⁶¹ El concepto *free spaces*, acuñado inicialmente por la politología norteamericana resulta interesante en su posible aplicación al análisis de la recuperación de categorías de pensamiento socialdemócrata y finalmente socialista en la historiografía académica desde el primer tercio de los años sesenta, con su eclosión definitiva en los años finales de la década. COUTO, R. A.: «Narrative, free Space and political Leadership in social Movements», *The Journal of Politics*, 55/1 (1993), pp. 57-79.

⁶² GRACIA, J.: «Horizonte democrático de un nuevo nacionalismo», en J. Gracia, *Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica en el franquismo (1940-1962)*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1996, pp. 123-150. Más tarde, uno de los más claros, la participación en revistas culturales del tipo *Cuadernos para el Diálogo*. Desde dos perspectivas muy diferentes, véase MUÑOZ SORO, J.: *Cuadernos para el Diálogo, 1963-1976. Una historia cultural del segundo franquismo*. Madrid, Marcial Pons, 2006, y DAVARA TORREGO, F. J.: *Cuadernos para el Diálogo: un modelo de periodismo crítico. Tesis doctoral inédita*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2001.

A su vez, estas circunstancias propiciaron la transmutación de la idea de nación propugnada desde instancias político-administrativas del Estado hasta tal punto que hicieron inviables los proyectos culturales acometidos en los años cuarenta⁶³. Todo ello desembocó en la irrupción, de un lado, de una generación de intelectuales (historiadores entre ellos) cuya identidad incluía formulaciones históricas alternativas⁶⁴; y por otra, la crisis de un sistema social de relaciones de poder cuya liquidación lenta y difícil fue acometida durante los últimos años del franquismo y durante la Transición⁶⁵. Una de las herramientas esenciales fue el tan manido *pacto de silencio*, un pacto por la postergación de la memoria histórica nacional⁶⁶ más reciente que operó paralelamente al desarrollo historiográfico de proyectos regionales en el marco de la España de las Autonomías⁶⁷.

La historiografía alemana ha realizado en los últimos años un importante esfuerzo interpretativo acerca de la función del intelectual –también de los historiadores– en el advenimiento y desarrollo del nacionalsocialismo⁶⁸. En este sentido, las diferen-

⁶³ Una primera introducción general en GRACIA, J. y RUIZ CARNICER, M. A.: *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001; GRACIA, J.: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004; y RICHARDS, M.: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco*, Barcelona, Crítica, 1999.

⁶⁴ MARÍN GELABERT, M. A.: «Historiadores universitarios e historiadores locales. La transición de la historiografía española, 1948-1975», en C. Frías Corredor y M. Á. Ruiz Carnicer (coords.), *Nuevas Tendencias Historiográficas e Historia Local en España. Actas del II Congreso de Historia Local de Aragón*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Universidad de Zaragoza, 2001, pp. 459-490.

⁶⁵ FUSI, J. P.: *Un siglo de España. La cultura*, Madrid, Marcial Pons, 1999; MAINER, J.-C.: «1975-1985: los poderes del pasado», en S. Amell y S. García Castañeda (eds.), *La cultura española en el posfranquismo*, Madrid, Playor, 1988, pp. 11-26. Sobre la disolución progresiva de la influencia de la ultraderecha, RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L.: *La extrema derecha española en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 1997; y CASALS, X.: «La ultraderecha española: una presencia ausente (1975-1999)», *Historia y política*, 3 (2000), pp. 147-174.

⁶⁶ AGUILAR, P.: «Justicia, política y memoria: los legados del franquismo en la Transición Española», en A. Barahona, P. Aguilar y C. González Enríquez (eds.), *Las políticas hacia el pasado*, Madrid, Istmo, 2002, pp. 135-193; REY, D.: «Erinnern und Vergessen im post-diktatorischen Spanien», en M. Sabrow, R. Jessen y K. Grosse Kracht (dirs.), *Zeitgeschichte als Streitgeschichte. Grosse Kontroversen seit 1945*, München, C.H. Beck, 2003, pp. 347-369; SEVILLANO CALERO, F.: «La construcción de la memoria y el olvido en la España democrática», *Ayer*, 52 (2003) pp. 297-320.

⁶⁷ RIVIERE, A.: «Envejecimiento del presente y dramatización del pasado: una aproximación a las síntesis históricas de las Comunidades Autónomas españolas (1975-1995)», en J. S. Pérez Garzón et alii, *La gestión de la memoria*, pp. 161-219.

Sería interesante, en un futuro no demasiado lejano, abordar un estudio acerca de la provisión y dotación de cátedras específicas de historia contemporánea en los primeros diez años de la Democracia. El origen político inmediato y la trayectoria intelectual y académica posterior de quienes accedieron a ellas en esa década, principalmente en las universidades nuevas, mostraría con toda probabilidad, algunas pistas acerca de la polarización de los mecanismos que generaron en lo esencial fenómenos de bloqueo a partir de los cuales se pretendió propiciar una *hora cero* en la conciencia de las nuevas generaciones de historiadores. Una *hora cero* útil durante más de veinte años, pero dinamitada en el último lustro.

⁶⁸ Además de las síntesis clásicas de IGGERS, G. G.: *The German Conception of History*, Middletown, Wesleyan University Press, 1968, o SCHULIN, E.: *Traditionskritik und Rekonstruktionversuch. Studien zur Entwicklung von Geschichtswissenschaft und historischen Denken*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1979, bien conocidas en el ámbito académico español, véase BIALAS, W. (dir.): *Intellektuelle im Nationalsozialismus. Schriften zur politischen Kultur der Weimarer Republik*, Bd 1-4, Frankfurt, Lang, 1997-2000; HAUSMANN, F.-R. (dir.), *Die Rolle der Geisteswissenschaften im Dritten Reich, 1933-1945*, München, Oldenbourg, 2002.

cias con el caso español parecen evidentes en una serie de aspectos esenciales. Desde un punto de vista histórico-historiográfico, la llegada al poder y los apoyos sociales *ante quem* eran mucho mayores en Alemania que en España. También el entusiasmo de los intelectuales proclives al nacionalsocialismo, lo que condujo a una equivalente decepción en apenas tres lustros. El peso en España del historiador fascista en las décadas anteriores a 1939 es irrelevante y nunca se produjo ningún tipo de debate equivalente al producido en Alemania a propósito de la liquidación del historicismo.

Tras la guerra hubo en España un alud de adhesiones y conversiones. Cada una debe ser estudiada en profundidad y en su individualidad. Los historiadores profesionales, con contables y honrosas excepciones, se volcaron también en la simplificación. Lo que Gonzalo Pasamar ha denominado «cierto elitismo intelectual falangista» y el grupo intelectual más cercano a Acción Católica, propició el cultivo de una rígida historia que reguló la formulación de interpretaciones reduccionistas de la historia de España.

El nacionalismo proyectado desde la Academia de la Historia durante todo el periodo de la Restauración dispuso las bases investigadoras para el desarrollo, cuando se hizo necesario, de una práctica franquista basada en la adaptación del discurso científico a la utilización política del pasado en torno a la *Reconquista*, el ideario expansivo de la *Hispanidad*, el *Imperio*, el rechazo de la Ilustración, la reivindicación de la tradición reaccionaria del siglo XIX, y finalmente, la crisis que en el periodo de entreguerras degeneró en la instauración de una segunda República⁶⁹. Otros mitos conectados con identidades históricas colectivas alternativas a la nación española castellinizante e imperial, como el vascocantabrisismo o el celtismo fueron relegados a un segundo plano anecdótico o simplemente silenciados⁷⁰. Como ha señalado Antonio Duplá,

«si intentamos delimitar lo que pudieran ser las aportaciones franquistas más destacadas a los estudios sobre el mundo antiguo, fundamentalmente referidos a la historia antigua de España, habremos de referirnos al mito nacional español, a la idea de imperio civilizador y al nacionalcatolicismo»⁷¹.

⁶⁹ Obviamos el tratamiento de la guerra civil como mito de *cruzada*. En cualquier caso véase BLANCO RODRÍGUEZ, J. A.: «El registro historiográfico de la guerra civil, 1936-2004», en J. Aróstegui y F. Godicheau (eds.), *Guerra civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 373-406, en particular pp. 374-377.

⁷⁰ LARRAÑAGA ELORZA, K.: «Vascocantabrisismo y arqueología», *Memorias de historia antigua*, 19-20 (1998), pp. 111-198; ARMADA PITA, X. L.: «Unha revisión historiográfica do celtismo galego», en *Os celtas da Europa Atlántica: actas do Iº Congreso Galego sobre a Cultura Celta*, Ferrol, Ayuntamiento de El Ferrol, 1999, pp. 229-272; MARÍN SUÁREZ, C.: «El celtismo asturiano: una perspectiva arqueológica», *Gallaecia*, 24 (2005), pp. 309-333; MUÑOZ FERNÁNDEZ, M. E.: «Nacionalismo, celtismo y arqueología: El primer cuarto de siglo en Galicia», en P. Bueno Ramírez, R. de Balbín Behrmann (coords.), *II Congreso de Arqueología Peninsular*. Vol. 3, Zamora, Fundación Rei Alfonso Henriques, 1999, pp. 563-568; y RUIZ ZAPATERO, G.: «Historiografía y uso público de los celtas en la España Franquista», en F. Wulff y M. Álvarez Martí-Aguilar (eds.), *Antigüedad y franquismo (1936-1975)*, Málaga, Diputación de Málaga, 2003, pp. 217-240.

⁷¹ DUPLÁ, A.: «El franquismo y el mundo antiguo», en C. Forcadell y I. Peiró (eds.), *Lecturas de la historia. Nueve reflexiones sobre historia de la historiografía*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, p. 174. WULFF, F.: *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Crítica, 2003, en particular pp. 225-253.

El final de la segunda guerra mundial condujo a la paulatina «derrota» del grupo intelectual que predominó en los primeros años, con la posterior aparición de lo que Vicens llamó la generación del cuarenta y ocho. Será una coyuntura especialmente proclive a los debates esencialistas y la publicación de artículos interpretativos de cronología extensa⁷². Esta generación de historiadores (él mismo, Jover, Rodríguez Casado, Palacio Atard, entre otros...) fue la llamada a transformar en las décadas posteriores la interpretación mítica y reduccionista de la historia de España a partir de su propia obra, pero también a partir de las investigaciones realizadas en sus grupos de influencia, de las publicaciones periódicas por ellos controladas, y a partir del desarrollo de nuevos congresos y cursos de verano. No es necesario extenderse en este aspecto. Ni su vocación ni su función fueron resistirse al poder sino más bien hacerse con el poder académico e introducir pequeñas variaciones paulatinas⁷³. En esta dirección, la introducción de matices europeístas en torno a la celebración carolina de 1958 supuso un punto de inflexión.

En cambio, en Alemania, la situación se gestionó de modo diferente. Como señalan, Bialas y Gangl, en el mundo intelectual se produjo durante todo el periodo nazi un importante y sincero esfuerzo de recodificación teórica más allá de la coyuntura que condujo finalmente a una radical decepción histórica⁷⁴.

En España, sin ser tan generosos en nuestro análisis como Jordi Gracia⁷⁵, la incontrovertible ruptura de la tradición liberal no significó su erradicación ni aún en la primera década de la dictadura. Y en la segunda década comenzaron a aparecer las primeras voces disidentes⁷⁶ y muestras de decepción desde el interior del régimen⁷⁷. No existió, en el marco cultural de la *República de las Letras* o de la *Edad de plata* de la cultura española, un proceso equivalente a la formación de una comunidad académi-

⁷² Un ejemplo en PASAMAR, G.: «El tratamiento historiográfico del siglo XVI en la posguerra (1940-1950)», en DD.AA.: *Jerónimo Zurita y su época*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1986, pp. 393-400. Un tratamiento exhaustivo en su tesis, *Historiografía e ideología en la postguerra española. La ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991.

⁷³ En otros lugares hemos desarrollado estas ideas a propósito del relevo generacional, de la evolución de la investigación académica, de su influencia en la práctica local y los cambios observables en la producción historiográfica. Véase *Los historiadores españoles en el franquismo*; «Historiadores universitarios e historiadores locales. La transición de la historiografía española, 1948-1975», en C. Frías Corredor y M. Á. Ruiz Carnicer (coords.); *Nuevas Tendencias Historiográficas e Historia Local en España. Actas del II Congreso de Historia Local de Aragón*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Universidad de Zaragoza; 2001, pp. 459-490; «La historiografía contemporánea de Mallorca i la normalització de la pràctica historiogràfica: una primera aproximació», *Mayurqa*, 28 (2003), pp. 11-35; «La investigación histórica en la Universidad de Zaragoza, 1955-1970» y «El fracaso de la normalización interior de la historiografía española en los años cincuenta», en *Los Usos públicos de la Historia*, vol. II, Zaragoza, 2002, pp. 425-449.

⁷⁴ «Es geht um intellektuelle Umkodierungen ebenso wie um zeitgeschichtliche Klartexte, um Selbstermunterung wie um Selbsttauschung, um niedrige Motive um hoehere Werte...», BIALAS, W. y GANGL, M.: «Vorwort», en W. Bialas y M. Ganga (dirs.), *Intellektuelle im Nationalsozialismus*, Bd. 4, p.12.

⁷⁵ GRACIA, J.: *La resistencia silenciosa*.

⁷⁶ YSÀS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004.

⁷⁷ Como señalé muchos años más tarde Pedro Laín: «...en tanto que Rector de la Universidad matritense [...] cuatro envoltentes círculos concéntricos divisaba. El más próximo, el Ministerio de Educación Nacional,

ca de la cohesión de la encabezada por los *mandarines* alemanes, como en los términos analizados por Ringer⁷⁸. Procesos como el debate en torno al autonomismo universitario de Silió en los años 1919-1920 lo demuestran.

Siguiendo, por tanto, con las ideas apuntadas más arriba, creemos necesario en el análisis de los mitos de la historiografía franquista desagregar los términos formales y de contenido. Los mitos históricos fueron socializados a través de la enseñanza⁷⁹, las conmemoraciones culturales⁸⁰, la propaganda política⁸¹, la prensa, la radio y la televisión...⁸² Fue un proceso amplio de *socialización de las masas* que ha sido bien estudiado, por ejemplo, por autores como Francisco Sevillano o Carme Molinero⁸³. En este proceso, no hace falta decirlo, los historiadores fueron agentes muy activos. Se implicaron en la gestión política a través de Ayuntamientos, Diputaciones Provinciales y Gobiernos Civiles. Produjeron discursos acerca de temas ajenos a su

regido por una persona noble, generosa, inteligente, delicada, sinceramente dispuesta tanto a mejorar el prestigio y la eficacia de la Universidad como a liberalizar en la medida de lo posible nuestra cultura, y auxiliada al tal fin por un hombre también inteligente Joaquín Pérez Villanueva, con el cual sería fácil entenderse. En torno al Rectorado y al Ministerio, la Universidad misma: mal dotada, más bien atónita, porque no podía ser ajena a la general desmoralización de nuestra vida, todavía no rehecha de la enorme sangría a que la habían sometido el exilio y la depuración y de buen o mal grado habituada —once años del mismo gobierno— a los modos y las prácticas del mediocre Ibáñez Martín [...] Alrededor de nuestra Universidad, el mundillo de nuestra vida intelectual y literaria: estrecho, carente de verdadera —salvo en casos excepcionales— ambición, tarado por el entonces atmosférico vicio de reducir nuestro horizonte a los límites del patio de vecindad en que vivíamos [...] Y como marco general de esos tres círculos, una sociedad, un establishment político poco sensibles a la ciencia o recelosos frente a ella...» (*Descargo de conciencia, 1930-1960*, Barcelona, Barral, 1976, pp. 384-385.)

⁷⁸ RINGER, F. K.: *El ocaso de los mandarines alemanes. La comunidad académica alemana, 1890-1933*, Barcelona, Pomares-Corredor, 1995.

⁷⁹ Un ejemplo en MARTÍNEZ-RISCO DAVIÑA, L.: *O ensino da história no bacharelato franquista (período 1936-1951)*, A Coruña, Do Castro, 1994. En la última década del siglo pasado, autores del peso disciplinar de Rafael Valls, Raimundo Fernández Cuesta o Carolyn Boyd, entre otros, acometieron una revisión exhaustiva de la historia de la docencia histórica en sus diversos niveles, dedicando un particular interés al manual escolar y a la formulación canónica de la disciplina. En otra dimensión, las Jornadas de Vitoria publicadas en la revista *Ayer*, representaron un punto de partida para la reflexión sobre la docencia histórica en el ámbito universitario. Véase, por ejemplo, FORCADELL, C.: «Historiografía española e historia nacional: la caída de los mitos nacionalistas», *Ayer*, 30 (1998), pp. 141-158.

⁸⁰ El ejemplo más claro sería el despliegue propagandístico-cultural de las celebraciones de los XXV Años de Paz.

⁸¹ En muchos momentos del primer franquismo, desde Cátedras de Derecho Político se produjo una versión de la historia íntimamente ligada a la propaganda política. Una primera aproximación en PASAMAR, G.: «La historiografía contemporánea en la posguerra española: entre el desinterés académico y la instrumentalización política (1939-1950)», en G. Pasamar y I. Peiró, *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1986, pp. 63-92.

⁸² Un magnífico estado de la cuestión en URÍA GONZÁLEZ, J.: «La cultura popular y la historiografía española breve historia de un desencuentro», en M. Ortiz Heras, D. Ruiz e I. Sánchez (coords.), *Movimientos sociales y estado en la España contemporánea*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 323-378.

⁸³ *Dictadura, socialización y conciencia política: persuasión ideológica y opinión en España bajo el franquismo, 1939-1962*, Universidad de Alicante, 1997; *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Universidad de Alicante, 1997; y *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. De Carme Molinero, véase MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005.

especialidad del pasado para uso político inmediato. Y se involucraron en procesos de represión de su propio gremio y de otros ámbitos sociales y profesionales⁸⁴. Pero no fueron los únicos ni los más importantes. Otros profesores universitarios⁸⁵ –especialmente en las Facultades de Derecho– periodistas, enseñantes, párrocos, artistas y comunicadores, entre otros, representaron, desde la esfera de la experiencia cotidiana, un papel esencial en la reconfiguración de la identidad histórica colectiva en la España del franquismo.

El poder político tuvo claro en todo momento la relevante función de la cultura local. *El proyecto Cuadrado* de inserción cultural oficialista a través de Institutos gestionados desde las Diputaciones y dirigidos o tutelados por profesores universitarios fue una herramienta esencial para acercar esa visión reduccionista de la historia de España a las provincias y con ello controlar lo que de otra forma habría podido desembocar en la formulación de identidades históricas colectivas alternativas⁸⁶. A la labor realizada desde las principales cátedras complutenses de Historia de España o de Historia medieval, moderna o de América, por catedráticos como Antonio de la Torre, Antonio Ballesteros, Cayetano Alcázar, Ciriaco Pérez Bustamante, Juan Contreras y López de Ayala o Pío Zabala, en la promoción de tesis doctorales políticamente pertinentes, se añadió desde los inicios, pero principalmente a partir de la segunda mitad de los años cuarenta, una gran producción bibliográfica que desde los institutos locales completó la publicística del CSIC e inundó el mercado de la historia de textos arqueológicos, biográficos, histórico-religiosos, de historia del pensamiento y de síntesis interpretativas que asimilaban el pasado local al nacional, neutralizando sus especificidades conflictivas y negando la existencia de proyectos identitarios alternativos.

Catedráticos como Luciano de la Calzada, Juan Uría Riu, Martín Almagro, Luis Pericot, Fernando Solano o Cayetano Alcázar, entre otros, dirigieron institutos y/o sus publicaciones periódicas. La *mitificación* de la interpretación histórica en torno a personajes como el Cid⁸⁷, Diego de Saavedra Fajardo, Jovellanos, Alfonso X el Sabio, Menéndez Pelayo; o de procesos como la *romanización* o la influencia fenicia en el

⁸⁴ PASAMAR, G.: «La formación de la historiografía profesional en los inicios del franquismo (Academicismo y legitimación)», *Perspectiva Contemporánea*, 1 (1988), pp. 135-149.

⁸⁵ Además de las actas del congreso celebrado en Zaragoza en 1989 (CARRERAS, J. J. y RUIZ CARNICER, M. A.: *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991), véanse dos recientes trabajos comparativos a propósito de las universidades en períodos dictatoriales en CONNELLY, J. y GRÜTTNER, *Zwischen Autonomie und Anpassung. Universitäten in den Diktaturen des 20. Jahrhunderts*, Paderborn, Schönningh, 2003, y el conjunto de artículos en torno a «Universidad e historia: las universidades en Europa en períodos de dictadura» publicados en la revista *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija*, 5 (2002), pp. 81-221.

⁸⁶ No deja de ser curioso el modo en que la actual memoria de la profesión ha deslizado un velo sobre la función social en aquellos años de una parte de los fundadores de la disciplina tal y como la conocemos hoy.

⁸⁷ LÓPEZ PITA, P.: «Mio Cid al servicio y señor de los musulmanes», en J. I. de la Iglesia (coord.), *Memoria, mito y realidad en la historia medieval*, Instituto de Estudios Riojanos, 2003, pp. 345-362. Sobre el papel de R. Menéndez Pidal en la formulación del mito, LINEHAN P.: «The Court Historiographer of the Francoism? *La leyenda oscura* de Menéndez Pidal», *Bulletin of Hispanic Studies*, 73 (1996), pp. 427-450.

levante peninsular, Tartesos, el papel de las invasiones árabes y la reconquista⁸⁸ en la formulación del *ser español*, el carácter fundador de la Monarquía, la pintura en los siglos XVI y XVII, la resistencia a la invasión napoleónica en Madrid o Aragón, entre muchísimos otros, coparon la producción en torno a institutos radicados en torno a la periferia universitaria. Este elemento fue uno de los principales a la hora de permitir el desarrollo y extensión de la nueva reformulación de la historia de España en términos míticos, es decir, de una secuencia narrativa simplificada y acrítica que yuxtaponía enunciados valorativos que caracterizaban formas políticas, personajes, actuaciones y conjuntos de ideas con una finalidad eminentemente presentista de consolidación del orden social y del régimen político al que servían. Fue en este punto en el que algunos de los principales catedráticos universitarios de historia –principalmente, de las universidades de Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y Zaragoza– pusieron su capacidad organizativa al servicio del Estado. Estos institutos desarrollaron la historia de la localidad desde puntos de partida pretendidamente profesionales pero directamente dirigidos a fundamentación de una identidad histórica local volcada jerárquicamente sobre la nacional a través de tres elementos uniformizadores: la religión, la recuperación biográfica de las glorias locales en su relación con el Estado y la Historia⁸⁹, y extendieron una pátina de alta cultura sobre actos socio-académicos de adoctrinamiento político en provincias. Este proyecto es, probablemente, la gran diferencia que separa el modelo alemán del modelo español en la actuación estatal sobre la identidad histórica colectiva. En Alemania, contaban con el precedente de los *Heimat Bewegungen* del sur, estudiados por Confino en su trabajo sobre Württemberg⁹⁰, y con el desarrollo de densas redes sociales –particularmente clases medias y profesionales– de celebración de la especificidad local como forma, al tiempo, de celebración de la modernidad nacional de corte prusiano a través de la Historia, pero también por ejemplo, del turismo. Formas culturales que se extendieron más allá de las primeras décadas del siglo XX y que fueron aprovechadas por la historiografía oficial nazi.

Desde la perspectiva de la historia de la historiografía hay tres elementos básicos a la hora de establecer la carcasa formal del mito. En primer lugar, la estructura de la práctica historiográfica. En segundo lugar, los procesos de normalización de las prácticas y de las dinámicas de transferencia. Y en tercer lugar, las manifestaciones efectivas y los usos profesionales del mito.

Así pues, en primer lugar, los estudios de Historia en la universidad española⁹¹ de los años cuarenta fueron organizados, desde la perspectiva totalizadora del Nuevo Estado con la finalidad de devolver la pureza a la imagen que, sustentada en anclajes

⁸⁸ GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M.: «Sobre la ideología de la reconquista: realidades y mitos», pp. 151-170.

⁸⁹ MARÍN GELABERT, M. A.: *Los historiadores españoles*, pp. 107-155.

⁹⁰ CONFINO, A.: *The Nation as Local Metaphor*, pp. 105 y ss.

⁹¹ Acerca de la legislación universitaria en el periodo prefranquista, MARTÍNEZ NEIRA, M., PUYOL MONTERO, J. M. y RODRÍGUEZ LÓPEZ, C.: *La Universidad española, 1889-1939. Repertorio de legislación*, Madrid, Instituto Antonio Nebrija de Estudios sobre la Universidad, Ed. Dykinson, 2004. Los estudios

sobre el pasado, debía permitir que el español superara la crisis identitaria que había representado el primer tercio del siglo XX y que había desembocado *sine qua non* en un *alzamiento nacional*, una *cruzada*, para salvar a la nación y a cada uno de sus miembros de la destrucción definitiva representada por la confabulación judeomasónica y comunista⁹². O lo que es lo mismo, dicho de otra forma, de la crisis de los valores del catolicismo integrista en boga en las primeras décadas del siglo; de la influencia creciente del marxismo —y del socialismo, como su epítome parlamentaria—; y del librepensamiento representado en el entramado cultural inspirado en los principios de la Institución Libre de Enseñanza⁹³.

La modificación de la estructura de la docencia en la universidad tuvo dos manifestaciones principales: los planes de estudio y la reorganización de las cátedras. Las cátedras de historia en los primeros años cuarenta observaron unas tasas de reemplazo muy por encima de su crecimiento relativo. Tras los procesos de depuración derivados del final de la guerra civil, en los primeros años de la década se incorporaron un gran número de nuevos catedráticos caracterizados por su juventud y su compromiso con el franquismo. Estos nuevos catedráticos fueron los encargados de reorganizar la docencia universitaria, borrando de la memoria profesional no sólo la influencia y la obra de represaliados o exiliados como Bosch Gimpera, Sánchez Albornoz, Rafael Altamira, Américo Castro o José María Ots Capdequí, sino también, de forma mucho más sutil, la de aquellos que, depurados y postergados, se mantuvieron en activo por unos años en la Universidad o incluso en el CSIC, como Eduardo Ibarra, o José Deleito Piñuela, relevado de su puesto docente en 1940 y hasta su jubilación en 1949. Al final de la década y antes de proceder a una *reinención de las tradiciones disciplinarias*, parecía haberse esfumado, por ejemplo, el recuerdo de la historia socio-económica practicada en España en las primeras décadas del siglo (Eduardo Ibarra⁹⁴, Ramón Carande⁹⁵, Rafael García Ormaechea...)⁹⁶, o de algu-

históricos hasta el primer franquismo en BALDÓ LACOMBA, M.: «El Plan de Estudios de 1900 y la renovación de la enseñanza de la Historia», en L. E. Rodríguez San Pedro (ed.), *Las universidades hispánicas: de la monarquía de los Austrias al centralismo liberal*. Vol. 2, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2000, pp. 59-76; MANCEBO, M. F.: «Los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia (1919-1939). Una aproximación a la ciencia de la Historia», en *Doctores y escolares. II Congreso Internacional de Historia de las Universidades Hispánicas*, vol. II, Valencia, Universitat de Valencia, 1998, pp. 13-30; finalmente, imprescindible, PASAMAR G.: *Historiografía e ideología en la posguerra española*.

⁹² ÁLVAREZ CHILLIDA, G.: «El mito antisemita en la crisis española del siglo XX», *Hispania*, LVI, 194 (1996), pp. 1037-1056.

⁹³ Un estudio sobre la depuración universitaria en CLARET MIRANDA, J.: *La represión franquista a la Universitat espanyola*, Tesis Doctoral inédita dirigida por J. Fontana Lázaro. Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 2004.

⁹⁴ PEIRÓ, I.: *Los maestros de la historia: Eduardo Ibarra y la profesión de historiador en España*, Pamplona, Urgoiti, 2006.

⁹⁵ Recuperado como referente disciplinar en la memoria de los historiadores de la economía, él mismo, sin embargo, recuerda sus largos paseos en solitario y su ostracismo sevillano en los primeros años de la dictadura.

⁹⁶ RUIZ TORRES, P.: «Rafael García Ormaechea y la política de reforma social en el primer tercio del siglo XX», en Rafael García Ormaechea: *Estudio de legislación y jurisprudencia sobre señorios*, Pamplona, Urgoiti, 2002, pp. VII-LXXXVI.

nos de los protagonistas de la *recepción del método*, estudiados recientemente por Pedro Ruiz Torres⁹⁷.

La nueva delimitación del campo del saber histórico desde instancias administrativas se completó con la toma de poder en las instancias honoríficas de la comunidad profesional⁹⁸, la liquidación del Centro de Estudios Históricos de la JAE y la organización del CSIC en Patronatos e Institutos que diseccionaban y compartimentaban las posibilidades de investigación profesional en Historia, y conferían el poder de su organización a catedráticos de universidad –primordialmente, de la Universidad de Madrid–, que completaban así su promoción personal a través de su servicio político al Nuevo Estado⁹⁹.

En paralelo a todo ello, no debemos olvidar dos elementos que completaban la generación de flujos de poder hacia los catedráticos de la Universidad de Madrid. El primer elemento es el entramado legislativo y reglamentario (y el conjunto de prácticas que lo desarrollaban) en torno a la celebración de Oposiciones a Cátedra y, más tarde, a Adjuntía. El segundo elemento a tener en cuenta es que hasta 1954-1955 únicamente la Universidad Central tenía la postetad de la colación del título de Doctor¹⁰⁰.

El papel de la historia local en este entramado fue controlado a través del Consejo gracias a la creación del Patronato José María Quadrado de Estudios Locales, cuya función fue la de dotar al estudio de los objetos locales de una estructura calcada de la alta cultura, con la especificidad de su implantación sobre el territorio¹⁰¹.

Por último, la estructura de la acción comunicativa y de la circulación tuvo como herramientas fundamentales a las revistas especializadas y locales. El CSIC copó la promoción y el desarrollo de las revistas de especialidad y de localidad. Con ello, y con la inicial escasez de publicaciones alternativas ajenas al control de la dirección o financiación estatal, el poder político y administrativo se aseguró la gestión de dos elementos sustentadores de la formación de los campos del saber. Por una parte, la capacidad inclusivo-exclusiva. La publicación en las revistas del Consejo suponía para el historiador un distintivo de prestigio y un mérito contabilizable de cara a la pro-

⁹⁷ RUIZ TORRES, P. (ed.): *Discursos sobre la historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia, 1870-1937*, València, Universitat de València, 2000.

⁹⁸ Pensamos en la Real Academia de la Historia o la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Más adelante, representarán mínimos espacios de libertad en los que se contribuyó a la recuperación de la tradición liberal.

⁹⁹ LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M.: *Las ciencias sociales en la Edad de la Plata española: El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Tesis doctoral inédita dirigida por L. E. Otero Carvajal. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003.

¹⁰⁰ B.O.E. 12 de julio de 1954, p. 4724, R.1068. Anteriormente se habían aprobado parcialmente las atribuciones por parte de las Universidades de Barcelona y Salamanca, B.O. 29 de diciembre de 1953 (D. 6 de noviembre), p. 7723, R.1766 y B.O. 15 de noviembre de 1953 (D. 6 de noviembre), p. 6772, R.1480, respectivamente.

¹⁰¹ MARÍN GELABERT, M. A.: *Los historiadores españoles*, pp. 91 y ss.; «Estado, historiografía e institucionalización local: una primera aproximación al Patronato Cuadrado», *Mayurqa*, 24 (1997-1998), pp. 133-154; y «Por los infinitos rincones de la patria...». La articulación de la historiografía local en los años cincuenta y sesenta», en P. Rújula e I. Peiró, *La Historia Local en la España Contemporánea*, Barcelona, L'Avenç-Universidad de Zaragoza, 1999, pp. 341-378.

moción personal. Por otra, para publicar debía adecuar la temática, la identificación de las fuentes, el tratamiento documental y las interpretaciones históricas a los estándares de calidad y los criterios de excelencia de las publicaciones periódicas, dirigidas siempre por historiadores que contaban toda la confianza ministerial.

En consecuencia, podemos afirmar que la estructura general de la práctica profesional de la historia en el primer franquismo no sólo permitió el desarrollo de un conjunto de simplificaciones narrativas tendentes a la mitologización del pasado con el objetivo de promover una identidad histórica colectiva de carácter uniformizador y represivo de las especificidades individualizantes, justificadora de la represión de minorías sociales y de la instauración de un nuevo orden político, económico, social y cultural, sino que el profesional se sirvió de ello como procedimiento para la obtención de méritos y recursos por parte del Estado. Fue una relación de reciprocidad sobre la que se refundó la profesión de historiador.

El tratamiento particular de los mitos disciplinares tales como la ideología de la reconquista en la historia medieval, la idea de Estado y su asimilación a la Monarquía¹⁰², la Hispanidad, el Imperio o la *crisis de la Ilustración* en el pensamiento histórico moderno, con todo el desmenuzamiento interpretativo referente a sus personajes o subprocesos y desarrollos cronológicos, representó un papel fundamental en la normalización interna y externa de las prácticas historiográficas profesionales. A partir de los últimos años cincuenta se produjo, como ya hemos apuntado en más de una vez, un punto de inflexión. La crisis del modelo cultural regulado a través de la Universidad y el CSIC se combinó con el inicio de la apertura definitiva de la profesión al contexto europeo. Al mismo tiempo, se desarrolló con más fuerza que nunca los hispanismos francés y anglosajón, cuya influencia tendió a *liberalizar* ideológicamente las interpretaciones sobre los temas más espinosos de la historia de la *nación*. Esta circunstancia permitió la recuperación de las especificidades regionales, principalmente a través de las investigaciones sobre Cataluña a cargo de hispanistas británicos. A modo de ejemplo, ciñéndonos al caso británico, en este periodo leen sus tesis doctorales sobre Historia de España autores de la trascendencia de John Elliott, Henry Kamen, H. R. Königsberger, I.A.A. Thompson o C.A.M. Hennessy¹⁰³; y entre 1965 y 1970 leerían sus tesis doctorales G. Parker, P. Linehan o R.A. Stradling.

Entre la segunda mitad de los años cincuenta y 1965, la mencionada influencia del hispanismo, la nueva promoción de cátedras contemporaneístas y la renovación de las cátedras medievalistas y modernistas, propiciaron un cambio paulatino en la comunidad profesional. Estos elementos, junto al incremento de los trabajos académicos en todas las universidades a cargo de una nueva y numerosa generación de

¹⁰² GRACIA, J.: «La idea de Estado en la *Revista de Estudios Políticos* (1945-1958)», en TUSELL, J. et alii, *El régimen de Franco (1936-1975)*, Vol. I., Madrid, UNED, 1993, pp. 581-592.

¹⁰³ *Castille and Catalonia during the Ministry of the Conde Duque de Olivares*, Cambridge, 1955; *Spain under the War of Succession, with special reference to French policy, 1700-1915*, Oxford, 1963; *The government of Sicily under Philip II of Spain: study in the practice of Empire*, Cambridge, 1949; y *War and administrative devolution: the military government in the reign of Philip II*, Cambridge, 1965; respectivamente.

jóvenes investigadores, provocaron un viraje en las tendencias de publicación e investigación hacia el final de la modernidad y la historia contemporánea, por un lado, y una renovación metodológica en los métodos de la historia medieval. En paralelo, se comenzó a institucionalizar la historia antigua como sector autónomo de la filología y la arqueología clásicas, con el desarrollo subsiguiente de nuevos enfoques e interpretaciones.

Todo ello, pues, desnudó el contexto formal en que operaban los mitos historiográficos. Se iniciaba así su desaparición progresiva como elementos constitutivos de la identidad histórica colectiva uniformizada, favorecida desde ámbitos profesionales de la historiografía. No sucedió lo mismo desde ámbitos eruditos o amateurs de la historia local, que en plena crisis institucional, mantuvieron por un lustro la inercia de prácticas ancladas en la década anterior. Este segundo paso se produciría cuando, ya bajo un régimen democrático, la historia local se convirtió en el ámbito profesional predilecto de la investigación histórica¹⁰⁴.

A la proyección identitaria de la nación monolítica y castellanizante se sumaron otras *identidades históricas colectivas alternativas*. En los años cincuenta y sesenta se habían producido algunas señales en este sentido¹⁰⁵. En particular, a partir del cambio de tendencia observable en algunos manuales universitarios de historia de España¹⁰⁶, y de los trabajos de síntesis de Vicens, Vilar o Reglá sobre Cataluña y Valencia. Pero no será hasta finales de los años setenta y con los años ochenta cuando, bajo el auspicio de los Estatutos de Autonomía y la labor financiadora de las instituciones deseosas de una nueva identidad para su territorio, se desarrollará definitivamente un entramado de identidades históricas colectivas y se abordarán en ocasiones proyectos de invención de la tradición... Pero esa es ya otra Historia.

¹⁰⁴ SUÁREZ BELTRÁN, S.: «La elaboración del discurso histórico en Asturias», SUÁREZ CORTINA, M.: «La elaboración del discurso histórico en Cantabria» y VALDEÓN, J.: «La elaboración del discurso histórico en Castilla», en J. A. García de Cortázar (ed.), *La memoria histórica en Cantabria*, Santander, Asamblea Regional-Universidad de Cantabria, 1996, pp. 195-204, 227-241 y 219-226, respectivamente. También VILLARES, R.: «La historiografía gallega actual», en J. AGIRREAZKUENAGA, J. y URQUIJO, M. Urquijo (eds.): *Perspectivas de historia local: Galicia y Portugal*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993, pp. 11-26; y CARASA, P.: «La memoria herida de Castilla y León», en *La memoria histórica de Castilla y León. Historiografía catalana en los siglos XIX y XX*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2003, pp. 7-20.

¹⁰⁵ RUIZ TORRES, P.: «Consideraciones críticas sobre la nueva historiografía valenciana de los años 60 y 70», en J. Azagra, E. Mateu y J. Vidal (eds.), *De la sociedad tradicional a la economía moderna. Estudios de historia valenciana contemporánea*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert»-Diputación Provincial de Alicante, 1996, pp. 15-33; y FRADERA, J. M. y UCELAY-DA CAL, E. I (eds.): *Nova notícia de Catalunya. Consideracions crítiques sobre la historiografia catalana als cinquanta anys de Notícia de Catalunya de Jaume Vicens Vives*, Barcelona, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 2005.

¹⁰⁶ Un ejemplo sería el manual *Historia de España* de los catedráticos de la Universidad de Valencia Antonio Ubieto, Joan Reglá y José M.aría Jover, publicado por la editorial Teide en 1963, a quienes, en posteriores ediciones, se sumaría Carlos Seco Serrano. Cf. PASAMAR, G.: «Las 'historias de España' a lo largo del siglo XX: las transformaciones de un género clásico», en GARCÍA CARCEL, R. (coord.): *La construcción de las historias de España*, Madrid, Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, Marcial Pons, 2004, pp. 299-381 y 397.